

nuevo género, la comedia sentimental, o tragedia burguesa, que encontró el favor del público culto y popular debido a la actualidad de sus temas, a menudo ligados a las ideas reformistas y una nueva sensibilidad que llevará a la creación del drama romántico.

Un buen número de ensayos está dedicado al teatro popular, tan criticado por los neoclásicos: Emilio Palacio Fernández ofrece un panorama completo de él, individualizando géneros y subgéneros, que, por su sorprendente variedad y espectacularidad, llegaron a conquistar al público menos culto y preparado, puesto que «pensados para divertir no se busca en ellos una ideología convincente» (p. 173). Dentro del teatro popular, Mireille Coulon habla del teatro breve, para otros investigadores teatro menor, definición ésta que aclara utilizar sólo «para designar aquellas obras que complementaban la función, aunque perteneciera la pieza principal al teatro breve» (p. 177). Entre estas piezas destaca el entremés, que por los años ochenta del siglo, fue sustituido por la tonadilla, y la loa. Pero, en particular, el ensayo se centra en el sainete de Ramón de la Cruz, original o adaptación de piezas franceses, afirmando que «todos los sainetistas que jalaron la segunda mitad del siglo XVIII le deben algo, sin ser forzosamente imitadores serviles» (p. 191). Testimonio del gran éxito del sainete, que, como la tonadilla, en su intento realista acude al folclore, utilizando sobre todo el andaluz, como indica Alberto Romero Ferrer, es el ensayo de Irene Vallejo González, que documenta su presencia en las tablas madrileñas durante la Guerra de la Independencia (1808-1814), con temas políticos y patrióticos, pero que sigue, de manera discontinua, hasta la mitad del siglo.

Imprescindible para comprender a fondo cuanto rodeó al hecho teatral en el siglo XVIII, es decir la declamación, sobre todo debido a la creación de nuevos géneros, la puesta en escena y la escenografía,

es sin duda el ensayo de Joaquín Álvarez Barrientos, que documenta el intento de modernización que afectó también a las condiciones materiales del teatro, y, en particular, a la asistencia del público. Por su parte, Juan Ríos Carratalá se ocupa de un fenómeno, menor sólo en apariencia: «las piezas teatrales representadas por grupos de aficionados reunidos en una casa particular» (p. 213), que, confeccionadas según sus exigencias logísticas, numéricas y de gusto, dieron una notable contribución a la industria editorial.

En definitiva, el volumen ofrece una visión exhaustiva del teatro del dieciocho, apoyándose también en una cualificada bibliografía presente al final de cada uno de los ensayos. Un índice de los autores y de las obras citadas hubiera podido agilizar la consulta del libro.

La abundancia de géneros presentes en la época muestra que el teatro del siglo XVIII fue apreciado por el público de todos los estamentos, y revela la existencia de una España interesada en la cultura e incluso atenta al hecho teatral extranjero para mejorar sus tablas mucho más de lo que supuso, al denigrarla, el resto de Europa.

Cabe reconocer, pues, que estamos en presencia de un florilegio de ensayos vivaz y atractivo, rico en sugerencias, nuevas reflexiones, planteamientos y aun textos desconocidos, como demuestra la edición, excelentemente prologada, de un desconocido sainete de José Vargas Ponce, *Los hijitos de la queda*, hecha por Fernando Durán López, con la que el homenaje se cierra.

PATRIZIA GARELLI

BARRUCHI Y ARANA, Joaquín. *Relación del festejo que a los Marqueses de las Amarillas les hicieron las Señoras Religiosas del Convento de San Jerónimo*

(México, 1756). Frederick Luciani (ed.). Madrid-Frankfurt am Main-México: Iberoamericana-Vervuert-Bonilla Artigas Editores, 2011, 206 pp.

La vida conventual femenina en Nueva España se regía por una especial mezcla de espiritualidad y sociabilidad que convertía a estos lugares de recogimiento en verdaderos epicentros de la sociedad colonial. Estudios pioneros como los de Josefina Muriel o Asunción Lavrin han contribuido a fijar los peculiares rasgos históricos de la clausura femenina, un espacio que, desde sus peculiares circunstancias de fundación, fruto del patronazgo y el mecenazgo, se asocia de manera ineludible a la corte novohispana y a las élites de poder del virreinato. Espiritualidad y recogimiento convivían cotidianamente con una especial mundanidad, en la que destacan, sobre todo, las visitas de los virreyes a los conventos. Como apunta Frederick Luciani en su introducción, estas visitas reproducían «en forma miniatura e interiorizada, las grandes entradas públicas y las ceremonias de recepción e investidura de los virreyes al asumir su cargo en las capitales virreinales. En esas ceremonias, cada elemento contribuía a lo que Paz ha llamado una *liturgia política*, altamente ritualizada, en la cual el virrey desempeñaba un papel activo» (p. 43).

Los textos dramáticos de estas visitas a la clausura que se han conservado son más bien escasos. Con la excepción de Sor Juana Inés de la Cruz, cuyo genio y figura van más allá de los rasgos propios de este tipo de literatura conventual, surgen algunos nombres propios como Joseph de la Barrera, en el siglo XVII, o Cabrera y Quintero en el XVIII. Entre los repertorios, destaca la colección de entremeses, loas y coloquios procedentes del convento de Santa Teresa en Potosí, editada por Arellano y Eichman (2005), y la colección de entremeses provenientes de conventos poblanos, transcrita por Sten y Gutiérrez Estupiñán (2007).

De ahí que la *Relación del festejo a los marqueses de las Amarillas en el convento de San Jerónimo de México* (1756), editada por Frederick Luciani, sea, de entrada, un importante testimonio para engrosar el corpus de este tipo de literatura dramática. Al hallazgo textual, deben sumarse las especiales circunstancias de sus destinatarios. Por un lado, el marqués de las Amarillas fue el último de los virreyes nombrados por Felipe V y, a partir de 1760, año en que dejaría su cargo, empezarían a ejercerlo los mandatarios nombrados por Carlos III. Se abrían así paso las reformas borbónicas, que supondrían un cambio fundamental en la dinámica social —y festiva— del virreinato. Además, otro aspecto singular reside en que todo apunta a que los marqueses de las Amarillas, a su llegada a la capital novohispana, visitaron todos los conventos de la ciudad, con fechas precisas y «según una jerarquía protocolar» y «con una descripción de cada visita» (p. 14). El hecho es, desde luego, insólito y no existe constancia de un programa de visitas conventuales por parte de los nuevos virreyes al asumir el cargo que tuviera, además, una constancia escrita. Por ello, la relación del festejo de las monjas jerónimas, que incluye la transcripción de todas las piezas de teatro conservadas y algunos fragmentos de descripción de la visita, es un documento que reviste especial importancia por su singularidad.

Acorde con ello, Frederick Luciani plantea una sugerente y lúcida introducción a la edición del festejo, que va más allá de sus funciones de presentación del texto. Su estudio preliminar se ocupa de enmarcar todos los aspectos esenciales para explicar bien el texto, desde las circunstancias relativas a la llegada de los marqueses de las Amarillas (pp. 7-12); el análisis de las piezas teatrales que componen el festejo: la loa, el entremés, el jugueteo, el sainete y la máscara (pp. 22-36), hasta el tratamiento de sus aspectos peculiares, como los nahuatlismos del lenguaje (pp.

36-38) o la música y el baile de su puesta en escena (pp. 43-50).

Un valor añadido al estudio preliminar son los apartados que tratan sobre aspectos más generales, como el que se ocupa de los festejos conventuales (pp. 12-16) y del teatro en la clausura (pp. 16-21), sus espacios de representación (pp. 38-43), el papel del convento como referente (pp. 50-54) o el «legado ambiguo de Sor Juana» (pp. 54-59). Así, por ejemplo, Luciani, al analizar las evidencias materiales del manuscrito y el breve prólogo que lo acompaña, se plantea interesantes preguntas en torno a la escritura del festejo. Sus conclusiones adquieren gran valor a la hora de reconstruir el proceso de escritura de este tipo de celebraciones conventuales. Ya que son varias las manos que participaron en la preparación de la copia manuscrita que el autor, Joaquín Barruchi y Arana, entregó a la madre priora, Luciani apunta la hipótesis de que «las copistas serían las religiosas del convento o las niñas educandas a su cargo; y también que estas copistas tenían a su disposición los guiones de las obras de los actos ceremoniales proyectados por Barruchi y Arana y sus colaboradores, con descripciones de lo sucedido en el festejo añadidas posteriormente» (p. 13).

Otro ejemplo significativo que ilustra bien los valores evocadores del prólogo de Luciani se asoma al considerar el panorama general sobre las distintas modalidades del teatro de convento —sintetizadas con acierto a partir de casos concretos—, que no sólo se dirige a encajar el festejo de Barruchi y Arana en una tradición, sino que, de nuevo, plantea interesantes pautas de trabajo. En este caso, el editor se interroga sobre el papel que jugaron las monjas en este tipo de festejos, como dramaturgas, directoras, escenógrafas, músicas y actrices (pp. 19-20). Otros ejemplos relevantes surgen en el cotejo de las acotaciones y descripciones del festejo con la evidencia arqueológica del convento llevada a

cabo por Juárez Cossío, para reconstruir los lugares escénicos de la representación del festejo (pp. 38-43) y el comentario detallado de las alusiones a sor Juana Inés de la Cruz en el texto. Este último apartado, además de ser un fiel testimonio de la vigencia de la estética barroca todavía a mediados del siglo XVIII, apunta a constatar una más que razonable conclusión y que bien puede resumir la orientación de todo el volumen: «tanto Sor Juana como las jerónimas de 1756 participaban de una gran tradición cultural propia de los conventos de mujeres de estos siglos, una tradición que se revela poco a poco con el trabajo de los investigadores sobre el tema. Esperamos que esta edición del festejo de San Jerónimo sea un digno aporte a esta tarea» (p. 59).

Después de la edición del texto, donde se echa en falta la numeración de los versos, se reproducen algunos apéndices e imágenes, entre los que también hubiera sido muy útil haber podido consultar el esquema métrico del festejo o alguna reproducción más del manuscrito original, además de la portada —sobre todo de los versos correspondientes a la página 103—. Estos últimos apuntes en ningún caso demeritan el interesante texto editado por Frederick Luciani ni el poder evocativo de su inteligente introducción. Se trata, en definitiva, de un volumen indispensable para adentrarse en el análisis de la literatura conventual del Siglo de Oro y sus postrimerías.

JUDITH FARRÉ VIDAL

RUBÍN DE CELIS, Manuel. *El Corresponsal del Censor*. Klaus-Dieter ERTLER, Renate HODAB e Inmaculada URZAINQUI (eds.). Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana-Vervuert, 2010, 380 pp.

ESTALA, Pedro. *El Imparcial, o Gazeta política y literaria*. Estudio preliminar